



URVIO, Revista Latinoamericana de
Estudios de Seguridad

ISSN: 1390-3691

revistaurvio@flacso.edu.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Rubio, Mauricio

La pandilla proxeneta: violencia y prostitución juvenil en Centroamérica

URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad, núm. 4, mayo-mayo, 2008,
pp. 59-71

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552656562005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La pandilla proxeneta: violencia y prostitución juvenil en Centroamérica

Gangs as pimps: youth violence and prostitution in Central America

■ Mauricio Rubio¹

Fecha de recepción: abril de 2008

Fecha de aceptación y versión final: mayo de 2008

Resumen

En este artículo se presentan resultados de encuestas de autorreporte de conductas, aplicadas a jóvenes entre 13 y 19 años en Centroamérica. Adicionalmente se contrastan las principales hipótesis sobre violencia juvenil en la región y se encuentra que la pobreza no es condición ni necesaria ni suficiente de vinculación de los jóvenes a las pandillas, que aparecen como agrupaciones que concentran e impulsan la violencia juvenil. Se argumenta que más que incentivos económicos la pandilla ofrece a los jóvenes la posibilidad de acumular poder e incrementar su actividad sexual. La violencia sexual que la pandilla ejerce contra las mujeres, en un entorno en extremo machista, aparece como detonante de la prostitución femenina. Cual proxenetas, las pandillas de barrio, más que las mafias internacionales de traficantes, usan, promueven y protegen la prostitución adolescente.

Palabras clave: *pandillas, maras, violencia juvenil, violencia sexual, prostitución, proxeneta.*

Abstract

Using self-report surveys among teens in Central America, some of the main hypotheses about youth violence are tested for the region. It is found that poverty does not help explain gang membership. Gangs concentrate and promote youth violence. More than money incentives, the gangs give their members an opportunity to increase their power and their sexual activity. Sexual violence in a highly macho scenario acts as a trigger to girl's prostitution. Acting as pimps, local gangs, more than international mafias, use, promote and protect adolescent's prostitution.

Key words: *gangs, maras, youth violence, sexual violence, prostitution, pimp.*

¹ Profesor e investigador de la Universidad Externado de Colombia. Este trabajo se basó en una serie de consultorías realizadas para el BID. Se agradece el apoyo y los comentarios de Mauricio Pérez, Juana Salazar y Jorge Sapoznikov.



no de los aspectos más llamativos de la violencia juvenil en Centroamérica es el abismo que separa las interpretaciones profundas, adultas y políticas del fenómeno con las declaraciones ingenuas, frescas e irreverentes de los jóvenes bajo estudio. En las primeras se busca promover la figura de un rebelde con gran conciencia política (Rocha, 2000, 2006) mientras que las segundas reflejan al adolescente irresponsable que fuera de las interminables peleas con sus pares piensa en divertirse, en la música, en el trago, en la droga y, sobre todo, en sus violentas aventuras sexuales. Así, de manera desafortunada, se ha menospreciado una de las pistas más pertinentes para comprender la atracción que ejercen las *maras* y las pandillas que reclutan adolescentes, cada vez menores, que jugando a la guerra, someten las mujeres a su alrededor.

Con este trabajo se busca revertir esa tendencia racional y *materialista* que ha limitado el análisis para sostener dos puntos. Uno, que la violencia juvenil no puede comprenderse sin abordar el tema del comportamiento sexual adolescente y, dos, que en una sociedad machista la violencia sexual —como la que ejercen las pandillas— es un elemento detonador de la prostitución adolescente femenina.

Fuera de esta breve introducción, el trabajo está dividido en cinco secciones. En la primera se presenta el instrumento de medición utilizado: encuestas de autorreporte de conductas aplicadas entre jóvenes. En la segunda se resumen los resultados que sugieren que la pobreza es una débil explicación de la violencia juvenil en la región: no todos los violentos son pobres y la mayor parte de los pobres no son violentos. En la tercera parte se señala que las pandillas promueven y concentran la violencia juvenil. En la cuarta se argumenta que

la violencia tiene réditos no tanto en el ámbito económico como en el de la acumulación de poder y, en particular, del que se ejerce sobre las mujeres, para someterlas sexualmente. Por último, se señalan los múltiples vínculos que muestran los datos entre las pandillas y la prostitución adolescente en la región.

Las encuestas de autorreporte en Centroamérica

Como parte de los programas de Seguridad Ciudadana del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Centroamérica, entre el año 2002 y el 2005 se realizaron en Honduras, Nicaragua y Panamá cinco encuestas de autorreporte de conductas entre jóvenes². Se encuestaron en total más de ocho mil quinientos adolescentes (8 523) entre 13 y 19 años. Un poco más de las tres quintas partes (61,4%) estaban vinculados al sistema educativo y distribuidos por mitades entre hombres y mujeres. En los desescolarizados, se encuestaron más hombres (68%) que mujeres.

La muestra de la población estudiantil se escogió de manera aleatoria con selección geográfica de los establecimientos y, dentro de estos, buscando representatividad por edad y género de los jóvenes a quienes se suministraba un cuestionario para responder privada y anónimamente.

Para captar a los desescolarizados fue imposible encontrar un procedimiento que garantizara, simultáneamente, aleatoriedad y anonimato de la encuesta. El segundo requisito fue considerado prioritario. Los esfuerzos se centraron en captar jóvenes que se pudieran agrupar para responder el cuestionario de manera anónima. Así, la mayor parte de los pandilleros, *mareros* y delincuentes juveniles llegaron a la muestra de manera dirigida.

La principal ventaja del instrumento utilizado es que permite elaborar no solo un

² La presentación detallada de los resultados se encuentra en Rubio (2007).

perfil de los infractores y pandilleros sino compararlos con un grupo de control, el de los estudiantes. El hecho de que la submuestra de desescolarizados no sea aleatoria implica que la encuesta no sirve para medir la incidencia global de infracciones o de afiliación a pandillas.

Otra de las innovaciones fue la introducción de preguntas sobre la presencia de *maras*, pandillas o crimen organizado en el barrio de quien respondiera la encuesta. Desafortunadamente, aún no se han desarrollado mecanismos para comparar estos resultados con otras fuentes de información sobre pandillas, como los inventarios o censos de las autoridades o las organizaciones que trabajan con pandilleros.

Una de las principales limitaciones del esfuerzo realizado es que no contiene trabajo de campo adicional —historias de los barrios, etnografías, biografías, entrevistas, testimonios— que refuerce y complemente las encuestas.

No sobra aclarar que ninguno de los resultados expuestos, incluso aquellos que pasaron el cedazo de la significancia estadística, se propone como una ley universal, independiente del entorno. Por el contrario, todas las regularidades que aparecen en los datos se sugieren como hipótesis susceptibles de verificación con otros datos, historias, testimonios y entrevistas recogidas a nivel local.

Pandillas, pobreza y exclusión

La explicación más extendida para la existencia de pandillas en Centroamérica, y para la vinculación de los jóvenes a tales grupos, es la de la precariedad económica (ERIC, 2001). Es difícil identificar la ascendencia intelectual de estos planteamientos. Se trata de una mezcla entre anomia y lucha de clases que se percibe como tan automática y evidente que no requiere mayor elaboración conceptual. Por fortuna, esta asociación simplista ya está siendo criticada por quienes mejor conocen el fenómeno (Rocha, 2006).

La información de la encuesta es útil para contrastar la hipótesis de la pobreza y para identificar los mecanismos a través de los cuales operaría la causalidad. Son dos los indicadores que se tienen en las encuestas sobre la situación económica de los jóvenes. El primero se obtuvo preguntando a los jóvenes la percepción de su posición en la escala social³. El segundo preguntaba por el monto mensual de sus gastos.

Una de las ventajas del indicador de la clase social es que, al ser una percepción relativa al entorno del joven, permite agrupar los datos de las encuestas de los distintos países sin necesidad de supuestos adicionales sobre diferencias urbano-rurales, equivalencias cambiarias, salarios o costo de vida.

La distribución por clase social de los adolescentes que se deriva de las encuestas, tanto de los estudiantes como de los no escolarizados, es razonable y consistente con lo que se esperaba a priori. Para la submuestra de estudiantes, aleatoria y representativa, se obtiene una distribución en forma de campana, con una moda del 46% en la clase media y ligeramente concentrada en los valores inferiores de la escala. Entre los jóvenes no escolarizados, y tal como se podía prever por el tipo de muestra, la distribución está mucho más concentrada en los niveles bajos de la escala social. No hay manera de saber qué tan representativa, por clases sociales, es la muestra de la población de los jóvenes por fuera del sistema educativo. Se sabe que algunos grupos —los que trabajan, o los que emigraron— están subrepresentados, pero en esos grupos puede haber jóvenes de todas las clases sociales.

La primera variable que vale la pena cruzar con la percepción del estrato de los jóvenes es el reporte de haber estado vinculado, alguna vez, a una mara o pandilla. Los resultados de

3 Que está basada en la siguiente pregunta: "En términos de su ingreso y su nivel de vida, la gente se describe a sí misma como perteneciente a cierta clase social (alta, media o baja). ¿Tú te describirías como perteneciente a la clase: alta, media alta, media, media baja o baja?".

este ejercicio muestran que la asociación entre situación económica y vinculación a las pandillas no se da solo entre los jóvenes no escolarizados, aunque es más tenue, casi imperceptible, entre la población estudiantil.

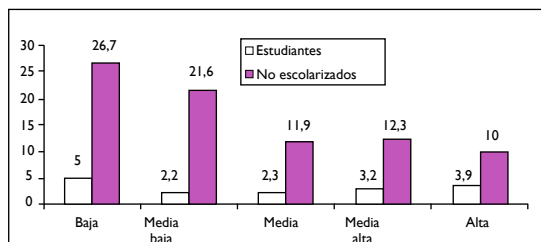


Gráfico 1.- Pandilleros por clase social y escolaridad. Proporción de jóvenes que reportaron ser pandilleros en cada clase social y según vinculación al sistema educativo.

Entre los jóvenes que no estudian, la mayor proporción de pandilleros (27%) se observa en el estrato social más bajo. En la clase media baja el porcentaje es del 22%, en las clases media y media alta del 12% y en la clase alta del 10%. Entre la población estudiantil, por el contrario, la relación entre clase social y afiliación a las pandillas es menos nítida, no es decreciente, el porcentaje no varía mucho alrededor del promedio (3%) y la fracción de pandilleros en la clase más alta (4%) es similar a la del estrato inferior (5%). En otros términos, entre los estudiantes no se observa un efecto nítido de la situación económica sobre la decisión de los jóvenes de vincularse a la pandilla.

Estas gráficas son útiles para ilustrar por qué ha sido tan persistente la idea de una asociación entre pobreza y pandillas. En la submuestra de jóvenes no escolarizados la gran mayoría de los pandilleros, casi el 80%, pertenecen a las clases más bajas. En este trabajo, sin embargo, se ha hecho explícito que esta muestra no es aleatoria ni representativa de la población por fuera del sistema educativo. Aún más, la muestra dirigida se tomó tratando de captar pandilleros, y de los estratos más bajos, que son los que normalmente se hacen visibles en las calles o acuden a las organizaciones y asociaciones que trabajan con ellos. Se puede

sospechar que las pandillas de jóvenes ricos —que también las hay⁴— son menos fáciles de detectar, porque cuentan con espacios privados para reunirse y es poco probable que estén vinculadas a programas de prevención o rehabilitación.

En buena parte de los trabajos sobre pandillas en Centroamérica, los procedimientos para captar los jóvenes que se estudian tienen esa misma limitación: la muestra no es ni aleatoria, ni representativa. Y esto no es una crítica, ya que son obvias las dificultades para hacerlo de otra manera. Sin embargo, no es usual que en las generalizaciones que se hacen a partir de esas muestras, sesgadas hacia los pandilleros más desfavorecidos, se haga explícita esa limitación. Esta es tal vez una vía a través de la cual se ha exagerado el impacto de las condiciones económicas sobre la vinculación a las pandillas.

Así, los datos de las encuestas de autorreporte no avalan la afirmación de que todos los pandilleros son de escasos recursos, o que ninguno hace parte de la población privilegiada que asiste a la escuela, o que cree hacer parte de la clase alta. En todos los lugares en los que se realizó la encuesta hay reportes de vínculo a una mara o pandilla entre los estudiantes. Por otro lado, entre los pandilleros encuestados, cerca de la mitad se sitúa en la clase más baja, uno de cada cuatro (26%) considera que pertenece a la clase media baja, el 18% se siente de clase media y un no despreciable 10,4% manifiesta pertenecer a las clases más altas.

Es imposible saber con la encuesta si estos pandilleros de buena posición social fueron originalmente *señoritos* de la élite que se vincularon a las pandillas —por razones tan variadas como no aburrirse, conseguir droga, defenderse o vengarse, acosar mujeres, jugar a la guerra o hacer negocios sucios— o si se trata de jóvenes de origen modesto que en la

4 Ver historias y testimonios para distintos lugares y épocas en Rubio (2007).

pandilla ascendieron —de manera vertiginosa, pues todos son menores de 19 años— en la escala social. Ambos escenarios parecen pertinentes tanto para el diagnóstico de la violencia juvenil como para las recomendaciones de política.

Lo que sí se puede señalar es que los pandilleros con buena posición social son menos vulnerables a la actuación de la justicia. Y esto es más que una conjetura. De acuerdo con la encuesta, un 48% de los pandilleros estudiantes reporta haber estado detenido alguna vez por las autoridades. Esta proporción de estudiantes en problemas con la justicia sí se asocia negativamente con la escala social: muestra un máximo del 70% entre los pandilleros del estrato más bajo y desciende paulatinamente hasta situarse en un cómodo 29% para los pandilleros de la clase más alta. La impunidad parece ser algo que compran los jóvenes de la élite vinculados a las bandas. Y esa también puede ser una fuente de sesgos en los trabajos sobre pandillas que a veces se centran en jóvenes detenidos, los de más escasos recursos. También se puede pensar que si los niños bien logran evitar las pesquisas penales, les resulta aún más fácil esquivar las investigaciones académicas. Pandilleros estudiantes detenidos por clase social.

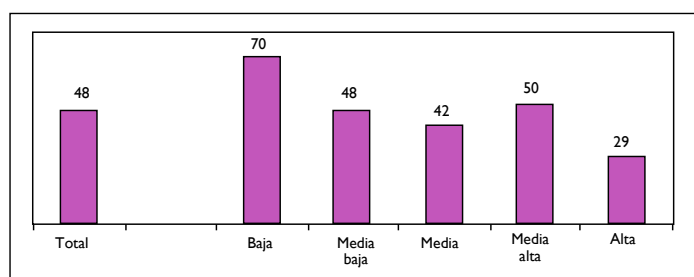


Gráfico 2.- Proporción de pandilleros escolarizados que reportan en cada clase social haber sido detenidos alguna vez.

En síntesis, la pobreza está lejos de ser una condición necesaria para la violencia juvenil. Se puede abordar la cuestión de si la pobreza es condición suficiente para la violencia juvenil: si todos los jóvenes que enfrentan precariedades económicas muestran, por ese simple hecho,

una alta inclinación hacia las pandillas. Este planteamiento, que rara vez se hace explícito, está latente en la mayor parte de los escritos sobre la violencia y en general sobre cualquier problema juvenil en América Latina. En los medios de comunicación de los países industrializados, por ejemplo, es inherente a cualquier relato sobre algún incidente criminal que involucre jóvenes latinoamericanos el recordar que la pobreza y la desigualdad son rampantes en la región. Este reflejo, sin embargo, es menos automático cuando se relatan incidentes de *kale borroka*, por las ramas juveniles de la ETA en el País Vasco, o los desmanes de los *hooligans* ingleses. También en los trabajos académicos sobre pandillas y *maras* en la región es usual que se dediquen un par de secciones a la descripción detallada de los indicadores de pobreza, calidad de vida, desigualdad o desempleo y de su eterno deterioro. Se da por descontada la relación que debe existir entre estas variables y la violencia.

En ese contexto, y dada la indudable precariedad de todos estos indicadores, el asunto parecería estar mal planteado. Ante un panorama económico y social tan desalentador, la pregunta relevante sería: ¿por qué no hay más violencia?, ¿por qué, siendo tan generalizados y persistentes los indicadores de

pobreza y desigualdad, y siendo tan clara y evidente la relación entre pobreza y violencia, se observa esa situación anómala de jóvenes que son pobres, pero que no delinquen, que no hacen daño y que no se vinculan a las pandillas?

Los datos de las encuestas muestran que el escenario del joven pobre no pandillero, totalmente ajeno a la explicación más corriente, no es la excepción. Se trata, por el contrario, del escenario más común. Los jóvenes pobres no violentos constituyen una mayoría, una abrumadora mayoría que queda al margen

del diagnóstico y, peor aún, de las ventajas asociadas a los programas de prevención de la violencia.

De los jóvenes pobres vinculados al sistema educativo, casi la totalidad, un 95%, reporta haber permanecido siempre al margen de las pandillas. En Panamá, el lugar donde esta cifra es más baja, sigue siendo del 88%. O sea que nueve de cada diez estudiantes de los estratos más bajos han logrado, desafiando la teoría, evitar la vinculación a las pandillas.

Entre los adolescentes no escolarizados, aunque inferiores, las cifras no son menos reveladoras. En promedio, un poco menos de las tres cuartas partes de los jóvenes desvinculados del sistema educativo no han optado por las pandillas. En todas las encuestas este porcentaje sigue siendo superior al 50%. Vale la pena recordar que la muestra de no escolarizados se hizo casi buscando de manera dirigida pandilleros, y pandilleros pobres.

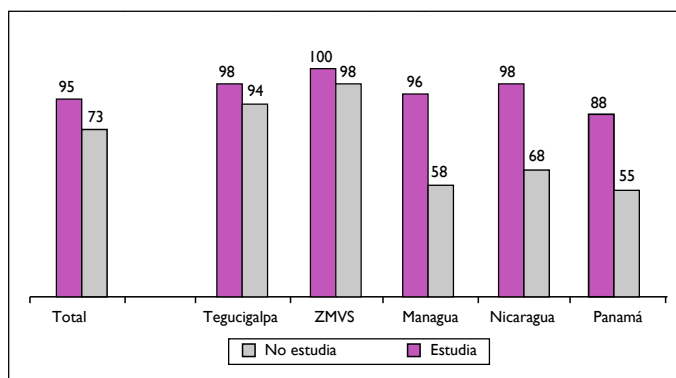


Gráfico 3.- Proporción de los jóvenes de la clase social más baja que nunca han sido pandilleros. Jóvenes pobres no pandilleros por regiones.

A diferencia de los pandilleros ricos, que no solo son pocos sino que, de acuerdo con la teoría, estarían vacunados contra la violencia, no existe una razón similar basada en su peso relativo para que estos jóvenes hayan sido excluidos del diagnóstico. Y al igual que los señoritos violentos, estos jóvenes que en contra de todas las adversidades, y desafiando las explicaciones de la violencia más aceptadas, han logrado permanecer al margen de la vio-

lencia juvenil —salvo tal vez como víctimas— son un elemento crucial para la comprensión del fenómeno.

La proporción de jóvenes pobres ajenos a las bandas continúa siendo importante (42%) incluso en el escenario más adverso que se puede imaginar: entre los hombres que han abandonado el sistema educativo, que viven en un barrio con pandillas y que, además, cuentan con un amigo pandillero. En condiciones menos extremas, la fracción de jóvenes pobres no pandilleros es aún más importante, y siempre mayoritaria. Los jóvenes pobres que estudian, por ejemplo, tanto hombres como mujeres, contradicen abiertamente la supuesta causalidad de la pobreza puesto que incluso viviendo en un barrio con pandillas permanecen en su totalidad al margen de tales grupos.

Ni en las crónicas de prensa ni en los trabajos académicos sobre la juventud es común encontrar historias sobre esta mayoría silenciosa, doblemente marginada —de las ventajas del desarrollo y del interés de los analistas—, que si se tomara realmente en serio la teoría de la pobreza como detonante de la violencia juvenil, debería recibir atención prioritaria en los programas de prevención, proyectos que con frecuencia se dirigen, algo tarde, a los lugares en donde ya se manifestó la violencia, o sea, en donde falló la prevención.

Los pandilleros sí son más violentos

Otra idea común sobre la violencia juvenil en Centroamérica es que son mínimas las diferencias de comportamiento entre los pandilleros, el resto de los jóvenes y la sociedad en general. En cierta medida, se trivializa la vio-

lencia juvenil señalando que todos los jóvenes son igualmente violentos o que una gama amplia de problemas sociales –la indiferencia, la falta de tolerancia, los patrones de gasto, la economía de mercado, ciertos programas de TV– se pueden considerar equivalentes a la violencia (Castro y Carranza, 2001; Cruz, 2003; Santacruz y Cruz, 2001, González, 2006).

Los datos de la encuesta tampoco concuerdan con la idea de que los pandilleros y *mareros* son simples extensiones de una sociedad violenta. El pertenecer o no a una pandilla implica una radical diferencia en cuanto a las infracciones y los delitos que se reportan. Así, el 70% de los estudiantes no vinculados a las pandillas no reportan ninguna infracción, el 28% señala solo conductas leves, un 2% dice haber cometido una infracción grave y ninguno manifiesta haber cometido más de una grave. Entre los pandilleros escolarizados, las cifras respectivas son 6%, 42%, 34% y 18%. Estos porcentajes no se apartan mucho de los observados entre pandilleros desescolarizados. La diferencia en el reporte de infracciones por los no pandilleros tampoco cambia mucho en función de su escolaridad. En otros términos, en materia de infracciones el factor crítico, mucho más que el abandono escolar, es la vinculación a las pandillas o *maras*.

El análisis de la información desagregada en las trece categorías de infracciones consideradas en la encuesta tiende a corroborar esta impresión: la cuestión crítica no es tanto la escolaridad como la vinculación a las pandillas. Para la mayor parte de las conductas consideradas, la incidencia es muchas veces superior entre los pandilleros que en el resto de los jóvenes, en forma más o menos independiente de su calidad de estudiantes. El pandillero que estudia está, en materia de infracciones, mucho más cerca del pandillero no escolarizado que de sus compañeros de escuela. A su vez, entre los jóvenes que abandonaron el sistema educativo pero que no han optado por las pandillas y sus pares estudiantes

no pandilleros, el reporte de conductas es más o menos similar. Así, más que a los jóvenes de escasos recursos, que en su mayoría permanecen alejados de su influencia, la pandilla parece agrupar a los adolescentes infractores y a los delinquentes juveniles.

La observación anterior no equivale a plantear que las pandillas tienen establecido un monopolio sobre la delincuencia juvenil. De hecho, son numerosos los infractores y delinquentes no pandilleros. De cualquier manera, la participación de los pandilleros en los distintos mercados de infracciones se incrementa de acuerdo a su gravedad.

Lo que queda claro es que la pandilla es una importante escuela del delito y que, en esa dimensión, sus integrantes se distinguen de manera nítida de la mayor parte de los adolescentes, incluso los infractores. No parece haber, en ninguno de los lugares en donde se aplicó la encuesta, barreras específicas –normativas, sociales, culturales o morales– que impidan que los jóvenes pandilleros incurran en alguna categoría de delitos. Parecería, por el contrario, que se le miden a cualquier cosa, como claramente lo expresa un pandillero: “tienes que hacer de todo: matar, robar, lo que sea. Si eres pandillero, eres pandillero y haces todo lo que sea para mostrar tu poder”⁵.

La falta de especialización de las pandillas en materia criminal es consistente con una larga tradición en la investigación sobre gangs en los Estados Unidos que describe las actividades de los pandilleros como de *estilo cafetería* (Decker, 2001) o *a la carta*, o sea, como acciones de grupos que cometen una gran variedad de infracciones y crímenes sin mayor especialización⁶, probablemente dependiendo de las modas, de los caprichos de los jefes o de la demanda externa por sus servicios.

5 Testimonio del pandillero José Alemán, tomado de “Las ‘maras’ en Centroamérica: de las guerras civiles a la ultraviolencia callejera”, en *El Tiempo*, marzo 30 de 2005.

6 Algunos trabajos sobre pandillas en Europa muestran, por el contrario, cierto nivel de especialización. Ver Klein et ál. (2001).

La violencia juvenil paga: dinero, sexo y poder

Las pandillas ejercen atracción sobre algunos jóvenes e incrementa en estos el reporte de conductas violentas. Conviene analizar la naturaleza de este imán que atrae a los adolescentes hacia las pandillas. Un procedimiento para dar luces sobre estas motivaciones consiste en comparar la situación de los individuos que tomaron la decisión con la de quienes no lo hicieron. Así, por ejemplo, si se detecta que los pandilleros gastan más que los no pandilleros se puede sospechar que las cuestiones económicas jugaron algún papel.

Dejando de lado el consumo de tabaco, alcohol y droga y, en general, el *vacile* –pasárselo bien–, que con frecuencia se menciona como motivación para ingresar a una pandilla, se destacan tres dimensiones que, aunque con traslapes, merecen un tratamiento analítico peculiar y pueden estudiarse con la información de las encuestas. La primera es la económica. Interesa saber si el ingresar a la pandilla se asocia con cambios en los patrones de gasto entre los jóvenes. La segunda es la dimensión afectiva o sexual: si la pandilla amplía las posibilidades de conseguir pareja. La tercera es la dimensión *política*: si los pandilleros adquieren más poder del que está al alcance de los adolescentes no vinculados a estos grupos.

Para el primer aspecto, llama la atención que el monto promedio mensual de los gastos reportados por los pandilleros⁷ no sea muy

superior al de los demás jóvenes. La diferencia es estadísticamente significativa, pero su magnitud, del 10%, no es elevada. En materia de gasto, la mayor discrepancia entre los pandilleros y el resto se da entre los hombres que ni estudian ni trabajan.

La vida en la pandilla parece tener mayores repercusiones en el terreno sexual que en el económico. En esa dimensión la diferencia entre los pandilleros y los demás jóvenes es más marcada. Tomando como indicador de actividad sexual el número de parejas a lo largo de la vida⁸ se encuentra que el valor para los pandilleros es cuatro veces superior al de los no pandilleros. En el terreno sexual el mayor *efecto pandilla* se observa en las mujeres que ni estudian ni trabajan y para quienes se puede sospechar que la banda representa una vía hacia la venta de servicios sexuales.

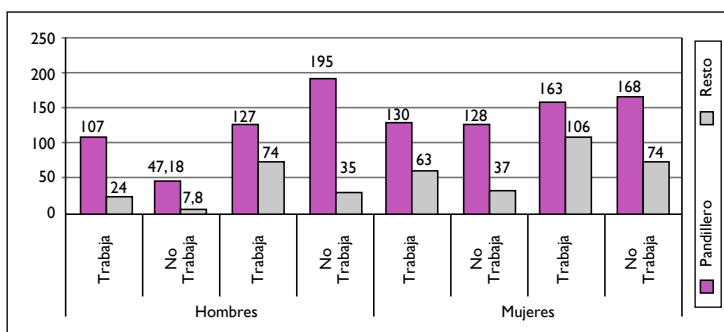


Gráfico 4.- Estudio, trabajo, pandillas y actividades sexuales. Promedio de parejas sexuales* según estudio, trabajo y vinculación a la pandilla.

* Índice= 100 para el promedio de los trabajadores no escolarizados ni pandilleros.

Para los hombres, el mayor impacto de la pandilla en la ampliación de los horizontes sexuales se observa entre quienes estudian pero no trabajan.

Vale la pena ahora indagar si la violencia juvenil, en la pandilla o fuera de ella, ofrece

bajan, no estudian, ni son pandilleros. Se encuentra que el valor de este índice para los pandilleros es de 83.

8 Para facilitar la comparación con el gasto, de nuevo se construye un índice que se hace igual a 100 para el número promedio de parejas de los trabajadores no estudiantes ni pandilleros.

recompensas de tipo económico o sexual. La respuesta parece ser afirmativa y, de nuevo, se puede anotar que la violencia parece más rentable desde un punto de vista sexual que económico. Mientras que los jóvenes que reportan haber cometido dos o más tipos de infracciones graves, los verdaderos delincuentes juveniles, gastan en promedio un 50% más que quienes no han cometido ninguna infracción, en el terreno sexual las diferencias son del orden de cuatro a uno para los pandilleros y de nueve a uno para los delincuentes juveniles no pandilleros.

Por otro lado, la afiliación a las pandillas parece tener repercusiones que varían con el género. Para las mujeres, el ingreso a la pandilla se asocia con una reducción del 17% en sus gastos personales. En los hombres el ser pandillero no conlleva ningún cambio en el gasto una vez se controla por otras variables que lo pueden alterar⁹.

En el terreno sexual el impacto es mayor, sobre todo para las mujeres, entre quienes el ingreso a la pandilla implica un salto importante en materia de promiscuidad, que se aumenta en un 79%. Para ellas, la combinación de sacrificio económico y mayor promiscuidad permite sospechar un escenario poco emancipador y más consistente con una condición de sometimiento sexual a los varones de la pandilla o de prostitución y proxenetismo.

En cuanto al tercer tipo de motivación para ingresar a la pandilla –el poder–, las diferencias son bastante difíciles de cuantificar. Varios indicios sugieren que la pandilla sí representa

para algunos una vía rápida de acceso al poder político sobre la vida del barrio. El primero es la opinión que manifiesta un porcentaje no despreciable de los jóvenes que respondieron la encuesta: las pandillas juveniles son las que, de hecho, mandan en sus barrios¹⁰.

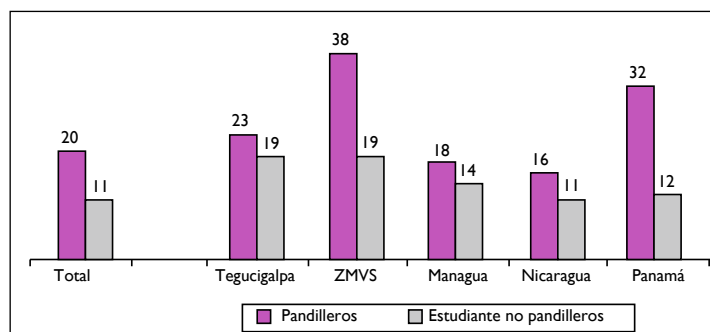


Gráfico 5.- % Percepción de que las pandillas mandan en los barrios.
Proporción de quienes califican de máximo el poder de las pandillas.

De acuerdo con Rocha (2006b) las peleas entre pandillas tenían, al menos en sus inicios, como principal objetivo adquirir prestigio y poder. Cruz y Portillo (1998) encontraron que el 77,5% de los pandilleros considera que ha ganado poder y un 84,3% percibe el respeto como algo obtenido a través de su pertenencia a la pandilla. Además, que este *beneficio político* presenta diferencias por género.

En los testimonios se percibe que el poder adquirido como pandillero es con frecuencia un resultado, un coproducto no siempre intencional, de la capacidad de matar a alguien, por ejemplo por venganza. Es concebible, sin embargo, que no sea algo previsto, planeado o presupuestado al agredir, herir o matar a alguien, acciones con las que el poder llega, y se acumula.

Con matices, algo similar puede pensarse

¹⁰ Para acercarse a la medición del poder de las *maras* y pandillas, en las encuestas se solicitaba calificar qué tan aplicable era al barrio la siguiente afirmación hecha por un pandillero: "nosotros gobernamos el barrio sin que nadie nos diga nada. Si alguien dice algo lo callamos. Se asustan porque somos muchos. Los jóvenes mandamos".

⁹ Ver detalles de este ejercicio en Rubio (2007).

acerca del poder coercitivo que los *mareros* ejercen sobre las mujeres, las de la banda y las del barrio. Aunque no es inusual que la agresión sexual sea el inicio de las relaciones de los pandilleros con las adolescentes, también es concebible que las agresiones surjan de una relación afectiva, y más específicamente sexual, por ejemplo por celos, y que luego se consoliden como un instrumento de dominación.

Los datos de las encuestas muestran con claridad que la cercanía con las pandillas incrementa de manera significativa la probabilidad de que una joven sea agredida sexualmente. Mientras que entre las jóvenes totalmente alejadas de las pandillas –que viven en un barrio sin pandillas, no han tenido amigos o novios pandilleros ni han hecho parte de una pandilla– el reporte de haber sufrido alguna vez un ataque sexual es del 4%, entre las pandilleras o las novias de pandilleros la cifra se acerca a una de cada tres.

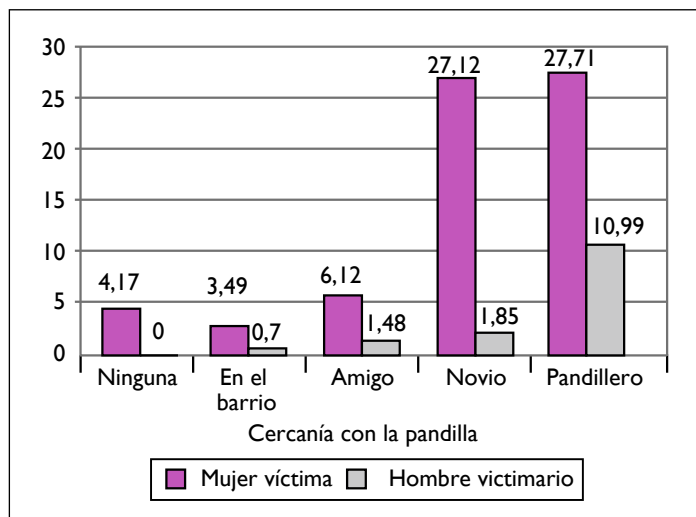


Gráfico 6.- Cercanía con las pandillas y violencia sexual. Proporción de jóvenes que reportan alguna violación. Mujeres como víctimas y jóvenes como victimarios.

De la encuesta no puede sacarse ninguna conclusión sobre el peso relativo de las pandillas en la violencia sexual. No se sabe la proporción de abusos cometidos por adultos que existen y sobre los cuales hay evidencia. Sin embargo, diversos testimonios corroboran que

las pandillas y las *maras* son un entorno fértil para la violencia sexual y, más específicamente, para las violaciones colectivas (Rodríguez, 2005; Rocha, 2000; Sosa y Rocha, 2001).

A este ingrediente de apropiación de mujeres por la pandilla se debe sumar el hecho que se trata de varones patriarcales y machistas, para quienes la ancestral división entre las mujeres con las que el macho se divierte y las que quiere para tener hijos es tajante. Varios testimonios coinciden en que los pandilleros aspiran, al dejar la vida loca, a casarse con lo que ellos mismos llaman una chica decente (Sosa y Rocha, 2001). Así, las muchachas de la pandilla son para pasar un buen rato, para usarlas (Cruz y Portillo, 1998; Sosa y Rocha, 2001).

No hace falta mucha imaginación para señalar que estos dos ingredientes, violencia sexual colectiva y machismo exacerbado, son una antesala de la prostitución adolescente femenina, un fenómeno que, como muestran los datos, es pariente próximo de la pandilla.

Un segundo aspecto es el de la asociación entre sexo y agresiones físicas, algo que también parece que las pandillas estimulan. Para una mujer joven, el estar cerca de una pandilla se asocia con una mayor probabilidad de haber sido agredida por su pareja o por terceros.

Al atar cabos entre actividad sexual y agresiones se pueden aclarar algunos aspectos de las

maras para los cuales son esquivas las explicaciones. Uno de ellos es el de los tatuajes, que caracterizan a los hombres antes que a las pandillas. Como explicación estándar para esta tradición de pandilleros y *mareros*, se señala que se trata de una manera de reforzar la iden-

tividad masculina (Rocha, 2003). Lo que no se entiende bien es por qué se trata de una peculiaridad de los hombres, sobre todo en los barrios populares. No queda claro por qué las jóvenes pandilleras no recurren a estas marcas en el cuerpo para construir su identidad.

Una posible explicación es que la pandilla tiene interés en que el acceso sexual a sus mujeres sea un privilegio de sus miembros. Si la mujer pandillera se une al grupo con un *trencito* –rito de iniciación mediante el cual las jóvenes son forzadas a tener relaciones sexuales con todos los integrantes de la pandilla–, dejando de ser, para los pandilleros, una *chavala decente*, marcarla con un tatuaje sería exponerla al peligro de los machos depredadores de otras pandillas.

La tendencia a monopolizar, hacia afuera, a un grupo de mujeres que se comparten sexualmente al interior del grupo, no solo se puede inferir por la cuestión de los tatuajes varoniles. También puede considerarse parte de lo que se tiene que defender y algo que puede dar pistas sobre la lógica de algunas peleas. El afán por reclutar objetos sexuales para la pandilla, algo que se logra de inmediato con las violaciones colectivas, puede inducir a casos extremos de violencia. Es fácil argumentar que la tendencia a acaparar mujeres y mantenerlas disponibles solo para los miembros de la pandilla es un gancho eficaz para reclutar adolescentes cargados de hormonas¹¹. Por otro lado, no parece un despropósito sospechar que los problemas de pareja y de celos sean una razón detrás de algunas de las innumerables riñas, peleas, batallas y verdaderas guerras en las que participan, en todos los lugares donde se ha detectado su presencia, los pandilleros centroamericanos.

Una de las razones que se menciona para las frecuentes peleas entre pandillas rivales es la venganza, el llamado *traído* (Rocha, 2005). Las venganzas retroalimentan la violencia. Entre más violentos se tornan los de una pan-

dilla, habrá más peleas, y entonces se requerirán más guerreros. Pero las cadenas de venganzas no agotan el abanico de explicaciones. ¿Por qué se inician? Cada vez es más común atribuir las a la distribución de drogas al por menor. Pero no convence la idea de que la dinámica de las pandillas haya girado siempre en torno a la droga. Se puede, al contrario, sospechar que el narcotráfico capitalizó este instinto de las bandas juveniles por guerrear y defender territorios. De cualquier manera sería demasiado ingenuo pretender que las peleas nada tuvieran que ver con las violaciones colectivas, con los celos, con el afán por monopolizar a las mujeres¹².

La pandilla proxeneta

Los datos de la encuesta muestran una extraña –por lo ignorada en la literatura– pero sólida relación entre la venta de servicios sexuales y las pandillas o *maras*. En primer lugar, el ser pandillera se asocia positivamente con el reporte de venta de servicios sexuales. Mientras que entre las adolescentes que estudian y no están vinculadas a las pandillas un 1,4% declara haber recibido dinero a cambio de tener relaciones sexuales, entre las pandilleras que aún permanecen escolarizadas la cifra es del 32%. El 15% de las estudiantes que manifiestan haber comerciado con sexo declaran simultáneamente haber pertenecido a una pandilla. Entre las jóvenes que no han vendido servicios sexuales la cifra respectiva es del 0,5%. Así, el simple hecho de pertenecer a una pandilla multiplica por cerca de dieciocho (1 763%) la probabilidad de que una joven reporte prostitución; entre las adolescentes sexualmente activas el incremento es del orden del 400%.

La asociación entre las *maras* o pandillas y la prostitución no se limita a la venta de servicios sexuales por parte de las pandilleras. Aunque parezca extraño, el simple hecho de que la joven manifieste que en su barrio operan

11 Ver un desarrollo de este argumento, testimonios y datos en Rubio (2007a).

12 Testimonios en Rubio (2007, 2007a).

pandillas implica diferencias importantes en el reporte de prostitución. En promedio, y aún excluyendo de la muestra a las jóvenes pandilleras entre quienes, como se vio, el comercio sexual es importante, el 14% de las adolescentes que viven en un barrio en el cual operan pandillas manifiesta haber intercambiado sexo por dinero. Entre las jóvenes de barrios sin pandillas la respectiva fracción es del 5%. La mayor diferencia se observa en los barrios de estrato más bajo, para los cuales la presencia de pandillas sobre el reporte de comercio sexual se asocia con un nada despreciable incremento de 24 puntos. Este efecto tiende a disminuir al moverse hacia arriba en la escala social, hasta desaparecer entre las jóvenes de clase alta. Así, es interesante observar cómo las pandillas parecen actuar como catalizador para la tradicional asociación entre precariedad económica y prostitución.

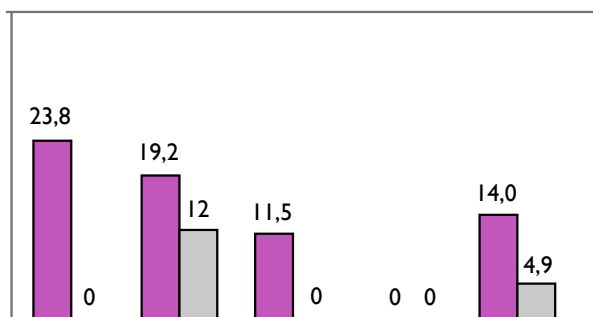


Gráfico 7

Otro indicador de cercanía con las pandillas disponible en las encuestas, el tener lazos de amistad con uno de sus miembros, tiende a confirmar la asociación con la prostitución adolescente. Entre las jóvenes estudiantes sexualmente activas, 16% de las amigas de pandilleros reportan haber vendido servicios sexuales; si no reportan tal amistad la cifra se reduce al 5%.

Para esta asociación entre pandillas y prostitución juvenil son en extremo escasas las referencias en la literatura o los reportes de

prensa¹³. Este extraño silencio es tal vez uno de los síntomas más reveladores de la desafortunada tendencia, al analizar uno y otro fenómeno, a dar prioridad a la agenda política o ideológica, que a su cabal comprensión. Por el lado de los trabajos sobre explotación sexual, sin el menor sentido crítico, se ha asimilado el discurso promovido por movimientos abolicionistas de países desarrollados para los cuales la figura corruptora que más conviene es la de un misterioso adulto mafioso que trafica con mujeres, un personaje sobre el cual la evidencia y los testimonios son esquivos en América Latina. Igualmente asombroso resulta el limbo al que los estudiosos de las *maras* y pandillas han condenado el tema complicado, pero fundamental para entender su dinámica, de la actividad sexual de los pandilleros y del papel de las mujeres en sus guerras.

Esta asociación crucial entre comportamiento sexual y violencia, en la cual son tercios los datos, es expuesta con claridad por el antropólogo Marvin Harris: “entre más violentos los machos, se tornan más agresivos sexualmente, se explotan más las mujeres, aumenta la incidencia de la poliginia, el control de varias mujeres por un solo hombre. La poliginia, a su vez, intensifica la escasez de mujeres, incrementa el nivel de frustración de los machos más jóvenes y aumenta la motivación para ir a la guerra” (Harris, 1975). □

13 Algunos testimonios en Rubio (2007).

Bibliografía

- Castro, Misael y Marlon Carranza, 2001, “Las Maras en Honduras”, en Eric et ál., pp. 219-332.
- Cruz, José Miguel, 2003, “Juventud, Maras y Violencia”, en *Carta a las Iglesias*, Año XXIII, No. 521 1-30, septiembre, UCA, El Salvador.
- Cruz, J. M. y N. Portillo, 1998, *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*, UCA Editores, San Salvador.
- Decker, Scout, 2001, “The impact of organizational features on gang activities and relationships”, en Klein et ál. pp. 21-39.
- ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, 2001, *Maras y Pandillas en Centroamérica*, UCA Publicaciones, Managua.
- González, José Luis, 2006, *Un éxodo, un tren, un horizonte inalcanzable*, Envío Digital N° 292, julio, accesible en: <http://www.envio.org.ni/articulo/3321>
- Harris, Marvin, 1975, *Cows, pigs, wars and witches. The riddles of culture*, Vintage Books, Nueva York.
- Klein, Malcolm, Hans-Jürgen Kerner, Cheryl L. Maxson and Elmar Weitekamp, 2001, *The Eurogang Paradox. Street Gangs and Youth Groups in the U. S. and Europe*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht.
- Rocha, José Luis, 2000, *Pandillero: la mano que empuña el mortero*, Envío Digital N° 216, marzo, accesible en: <http://www.envio.org.ni/articulo/994>
- Rocha, José Luis, 2003, *Tatuajes de pandilleros: estigma, identidad y arte*, Envío Digital N° 258, septiembre, accesible en: <http://www.envio.org.ni/articulo/1285>
- Rocha, José Luis, 2005, *El traído: clave de la continuidad de las pandillas*, Envío Digital, N° 280, julio, accesible en: <http://www.envio.org.ni/articulo/2982>
- Rocha, José Luis, 2006, *Mareros y pandilleros: ¿Nuevos insurgentes, criminales?*, Envío Digital N° 293, agosto, accesible en: <http://www.envio.org.ni/articulo/3337>
- Rocha, José Luis, 2006a, *Pandilleros del Siglo XXI: Con hambre de alucinaciones y de transnacionalismo*, Envío Digital N° 294, septiembre.
- Rodríguez, Luis J., 2005, *La Vida Loca. El testimonio de un pandillero en Los Ángeles*, Simon y Schuster, Nueva York.
- Rubio, Mauricio, 2007, *De la pandilla a la mara. Pobreza, educación, mujeres y violencia juvenil*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Rubio, Mauricio, 2007a, *Pandillas, rumba y actividad sexual. Desmitificando la violencia juvenil*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Santacruz, María y José Miguel Cruz, 2001, “Las maras en El Salvador”, en ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP, pp. 17-33.
- Sosa, Juan José y José Luis Rocha, 2001, “Las pandillas en Nicaragua”, en ERIC et ál., pp. 335-43.